

# *La verdad de Ortega y la ensoñación intelectual de España<sup>1</sup>*

Dc. Gerardo Bolado  
Universidad de Cantabria

El 18 de octubre de 1955, hace cincuenta años, perdíamos a don José Ortega y Gasset, aparentemente vencido por la infame circunstancia del nacional catolicismo, en tiempos oscuros de voluntades militares y clericales, pero también del canto del gallo de la primera generación democrática. Bien sabemos hoy, que su obra y su herencia intelectual, no han dejado de crecer en el hispanismo, hasta afianzarse como el exponente más logrado de la cultura filosófica española del siglo XX. Quiero agradecer a la Fundación Botín por promover esta conmemoración necesaria, que acerca la figura y la obra de Ortega y Gasset en su actualidad al exigente público de Santander.

A mí me corresponde, precisamente abrir este ciclo de conferencias, ofreciéndoles la biografía de don José Ortega y Gasset. En principio, parecería que no tengo pérdida, pues son pocos los autores que han escrito con tanto fundamento, y tan bien, sobre el género biográfico, como lo hizo el propio Ortega, quien lo cultivó, además, en trabajos dedicados a Goethe, Vives, Velázquez, Goya, entre otros. Pero no es menos cierto, que toda vida es sigética y jeroglífico, que “no hay método seguro para acertar con la clave arcana de una existencia ajena”. De una cosa pueden estar seguros: voy a presentarles una semblanza de José Ortega y Gasset, orteguianamente. De esta manera, me gustaría corresponder a su generosa atención. Empecemos por decir, qué es una biografía para Ortega. Cosa que haremos en cuatro pinceladas, obligados por la premura del tiempo.

Una biografía es ante todo una narración, que de manera descriptiva nos presenta la semblanza de un personaje histórico. A la pregunta quién fue un determinado personaje, responde con una anatomía histórica: la serie cronológica de sus dichos y sus hechos. Y, sin embargo, la biografía no puede reducirse a una narración, que nos

---

<sup>1</sup> Conferencia dictada el 17 de octubre del año 2005 en la Fundación Botín de Santander, con motivo del 50 aniversario de la muerte de don José Ortega y Gasset

presenta el fantasma de una vida. Porque la vida no es una cosa, un factum, sino que es algo ejecutivo, como dicen ahora los analíticos, es acontecimiento.

La biografía es la semblanza de una vida, y, por tanto, tiene que ser una fisiología histórica, que ponga de manifiesto si el biografiado realizó su verdadero proyecto vital. Ortega no duda en hacer suya la máxima de Pindaro, Genoi os eidi, cumple tu destino. Así que la biografía tiene que ser, por decirlo con los prosaicos analíticos, una investigación contrafáctica que ponga de manifiesto si la vida del biografiado fue, lo que, idealmente, debería de haber sido. Si este es el caso, el perspectivista Ortega diría, que el personaje cumplió su misión de verdad.

Ahora bien, el yo realiza su proyecto vital en pugna con las circunstancias y con el propio carácter. Y, aunque la portadora del sentido es la vida individual, son las generaciones las que hacen época. Por eso, la biografía ha de tomar en consideración las decisiones del biografiado en relación con su circunstancia, su generación y su época histórica, que constituyen el verdadero marco referencial para determinar si el personaje se salvó.

Cuando el personaje biografiado es un intelectual, la biografía ha de poner de manifiesto, en qué medida sometió toda su vida al imperativo de claridad, y a qué fuente de luz remite éste. Pues la misión de la inteligencia es ilustrar con las ideas el vivir humano.

Nos preguntaremos, pues, ¿Quién fue Ortega y Gasset? ¿Cumplió su misión de verdad? ¿Se mantuvo fiel al imperativo de claridad? ¿Realizó su destino generacional?

En la vida, nuestro origen familiar y nuestro primer entorno cultural y educativo, son fatal circunstancia. En la vida de Ortega, esta circunstancia original fue tan poderosa, que determinó su impulso y dirección fundamental.

José Ortega y Gasset nace en mayo de 1883, en la calle Alfonso XII de Madrid, en el seno de una distinguida familia de intelectuales, periodistas, y políticos. Es un Gasset por su madre, Dolores, que era hija de Eduardo Gasset y Artime, fundador y propietario de *El Imparcial*, monárquico y liberal en política, que había sido ministro de Ultramar en el reinado de Amadeo de Saboya. Y es el hijo de Ortega Munilla, que procedía de una familia de periodistas, y se convirtió desde 1900 en uno de los periodistas más influyentes de la Restauración, siempre al servicio de la política liberal de su cuñado Rafael Gasset.

En principio, su familia le procuró la mejor educación disponible y le orientó hacia el derecho y hacia la política. Tras completar el bachillerato en el colegio de los

jesuitas de Miraflores de El Palo, en Málaga, pasó, en noviembre de 1897, a cursar estudios universitarios de Filosofía y Derecho, también con los jesuitas, en Deusto. Pero, Ortega abandona pronto este internado en Bilbao, y continua sus estudios en la Universidad Central de Madrid, donde se licenció en Filosofía el año 1902. Por entonces, hace algún intento de continuar la carrera de derecho, que era la preferencia de su padre, en cuanto que abría las puertas de la política. Pero en el curso 1903-1904 asiste a las clases de doctorado, y en diciembre de 1904 se doctora en Filosofía y Letras con un ejercicio literario sobre el milenarismo. Tal vez, fue la pronto lectura de Nietzsche en ediciones francesas, así como de Renán, de J. Novicow y otros positivistas franceses, lo que despertó su incipiente interés por la filosofía.

El origen familiar de Ortega explica, no sólo su temprana inclinación intelectual, sino su increíble proyección como publicista, vinculada al periodismo, y su proximidad a la actividad política. Desde su casa solariega, *El Imparcial*, empieza a construir la autoridad social, que fue el pilar básico de la posición de influencia, que le permitió desarrollar su proyecto intelectual. En su familia, experimentará además la vinculación de la influencia intelectual de los medios de comunicación social (su padre), con respecto al poder político (su tío). Aunque su padre le orienta hacia la figura de su tío, el oligarca y político, Ortega se orienta hacia la figura de su padre, el intelectual y periodista, desarrollando un celoso sentido de la independencia intelectual, que no comprometerá nunca, ni ante poderes económicos, ni ante partidos políticos o gobiernos.

Por otra parte, al hablar de la circunstancia original de Ortega, no se puede perder de vista que crece en la España Finisecular. Su adolescencia y su juventud, como la de su generación, está marcada por el Desastre del 98 y la consecuente hiperestesia intelectual de la vida española. Al asesinato de Cánovas en 1897, le siguió la derrota de España ante Estados Unidos, y la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898, fecha crucial, como sabemos, para toda una generación de escritores. En ellos, la actividad literaria desborda los límites del arte, y llega a convertir España en una cuestión intelectual, sin solución. Estos escritores no sólo se transforman en improvisados publicistas, que alertan a la opinión pública con sus diagnósticos y sus críticas, sino que llegan a convertirse en bienintencionados políticos de las situaciones, que percibían como especialmente críticas.

La experiencia del 98 y de su Generación impulsará y dará una nueva impronta a la vocación intelectual de Ortega. Si bien, el irá más allá del diagnóstico Desastre y del

pesimismo, para convertir a España en un problema intelectual con una solución, que sólo puede venir de Europa.

Entre 1904 y 1913, el joven Ortega va a radicalizar filosóficamente su orientación intelectual, y a cimentar su influencia social y académica, en singular y audaz confrontación con los intelectuales y las instituciones con futuro de su circunstancia. Ejerce una enérgica labor intelectual, porque aspira a erigirse en el guía de su generación, y a convertir ésta en heredera de las dos generaciones intelectuales precedentes: la Generación del 68 (Giner de los Rios, Salmeron, Costa, Ortega Munilla, José del Perojo, y su contra, Laverde, Valera, el precoz Menéndez Pelayo), y la Generación del 98 (Unamuno, Baroja, Azorín, y Maeztu). Por eso, busca que le reconozcan como el heredero de Joaquín Costa.

En efecto, en 1905, Ortega toma la decisión de hacer un viaje de estudios a Alemania con la ayuda económica de su familia. Su lectura de Renan, y la inspiración de la Institución Libre de Enseñanza, influyeron en este golpe de timón decisivo, que significaba el abandono definitivo de los estudios de derecho, y el encuentro con las fuentes de su actividad intelectual.

¿Qué busca Ortega en Alemania? La solución del problema intelectual de España, es decir cultura científica.

Ortega pretende radicalizar científicamente la actividad intelectual de la Generación del 98, que, por su carácter meramente literario, se hundía en el pesimismo de la crítica estéril o, peor aún, del servilismo al poder. La actividad intelectual, a su juicio, no puede ser mera literatura, sino que ha de tener el rigor científico de la idea: “O se hace literatura, escribe, o se hace precisión, o se calla uno”.

Por otra parte, el Desastre había convertido en materialistas a los elementos dinámicos de la sociedad española, que todo lo cifraban en lo económico, lo industrial, lo comercial. El problema económico, el problema social y político, piensa Ortega, son “inminentes”, pero surgen del problema de fondo y radical de la vida española: la tradición cultural española lleva siglos siendo estéril, no es capaz de producir ideas modernas para afrontar el futuro. Ortega mostrará pronto su menosprecio de la orientación socioeconómica de Costa, y defenderá, que la transformación económica de España era un hecho —en realidad, empezaba a darse en las grandes ciudades— y que el destino de su generación es la asimilación cultural de esa dinamización material. Su generación había de ser intelectual y decisiva, es decir la que de una vez por todas normalizase la cultura moderna en España.

Ortega sostiene públicamente estas convicciones frente a los tradicionalistas y Menéndez Pelayo, a quien combatirá además abiertamente en defensa del laicismo. Pero también lo hará frente al casticismo de Unamuno.

¿Qué va a encontrar Ortega en Alemania? La crisis de fundamentos teóricos de las ciencias físico matemáticas y un renacimiento de la filosofía, que culminará en el giro pragmático, del que va a formar parte la suya propia.

En efecto, en su primer viaje a Alemania, Ortega estudia el idioma en Leipzig. A los pocos meses se traslada a Berlín, donde empieza a buscar ideas en la teología (Adolfo Harnack), en la historia (Eduard Meyer), la biología, la psicología, la física (Max Plank), la filosofía (Riehl, Simmel). Llega a la conclusión, de que el neokantismo y su sistema racional de fundamentación de las ciencias y de la acción humana es lo que está buscando. Sabe por Simmel que la Meca del Neokantismo es Marburgo. En su segundo viaje de 1907, ya pensionado por la Junta de ampliación de Estudios, estudiará en Marburgo el sistema trascendental de Hermann Cohen y la Pedagogía social de Natorp.

El tercer viaje de Ortega, de 1911, siendo ya catedrático, también será a Marburgo. En esta ocasión, sin embargo, se encuentra con un núcleo intelectual de su generación, que intenta servirse del idealismo post-kantiano, y de la fenomenología, para superar el idealismo neokantiano. Me refiero al grupo de Nicolai Hatmann, con el que Ortega se va a identificar. Si bien, será otro miembro de esta generación, el asistente de Husserl Martin Heidegger, quien logrará esa superación en sus lecciones de Marburgo entre 1923 y 1927, dando un giro pragmático desde la fenomenología. Wittgenstein es otro miembro de esta generación, que dará más tarde ese giro en los cauces de la analítica. Destacados representantes de la primera escuela de Frankfurt, como Adorno y Benjamin, pertenecen también a la generación de Ortega, que, como se ve, fue la decisiva en la filosofía contemporánea.

En 1912, Ortega está de vuelta en España dispuesto a dirigir su proyecto intelectual de reforma, que percibe claramente como un proyecto generacional. Si tuvieramos que poner título a este proyecto, tal vez podría valer el de su conferencia de 1910 en El Sitio de Bilbao, *Pedagogía social como programa político*.

En el corazón de esta Pedagogía social encontramos un liberalismo socialdemócrata, que dignifica el trabajo en todas sus formas. Dignificar el trabajo no significa aquí una afirmación de clase obrerista frente a la explotación burguesa. El industrial, el abogado, el médico, el intelectual, etc., también trabajan. Se pretende

dignificar el trabajo elevando a los trabajadores a la posesión de la cultura, mediante “el cultivo científico del entendimiento, de su moralidad, y de sus sentimientos”. El trabajador no sólo ha de dominar los conocimientos científico técnicos, que requiere su profesión, sino también disponer de la cultura y de la sensibilidad para las ideas, que requiere una vida plena.

Este proyecto suponía, ante todo, la constitución del núcleo intelectual de la generación, un grupo de prestigio, formado por catedráticos universitarios e intelectuales, capaces de ir haciendo “la ciencia del fenómeno España”. Estos, en una labor a largo plazo, tenían que extender su influencia a una élite culta, que hiciera efectiva la reforma social. En toda sociedad sana, piensa Ortega, tiene que haber una élite directora de las masas, que se mueva a la luz de las ideas del núcleo intelectual. Sabe de primera mano, y no sólo por la Generación del 98, que el mal de España radica en la incompetencia, la inmoralidad y la incultura de sus dirigentes, y cree que la labor de su generación ha de ser crear una nueva élite ilustrada con las ideas de una nueva España.

No se le escapaba a Ortega la dificultad de agrupar a los mejores y coordinar instituciones públicas y privadas en proyectos educativos y culturales de gran alcance. Pero se sentía con la claridad de ideas y con la posición universitaria y social requeridas, para afrontar esa compleja tarea. *El Imparcial*, que todavía era su casa solariega, le ofrece la plataforma para ejercer su influencia intelectual. Por otra parte, en 1910 había ganado la cátedra de metafísica de la universidad central de Madrid, y gozaba de la autoridad universitaria propia del heredero del krausoinstitucionismo, de Nicolás Salmeron.

Este platonismo débil de Ortega, como ha escrito Zamora Bonilla, “no pretende que la masa deje de ejercer su función política, sino que, más bien, incita a la inteligencia a trabajar y a ejercer la suya”. Y no descarta la intervención política de los intelectuales en momentos críticos de agotamiento institucional, como no la habían descartado las dos generaciones intelectuales anteriores.

En su dedicación filosófica de estos años, sigue los desarrollos de la fenomenología, pero sin darlos todavía entrada en sus clases. Se consideraba un profesor de filosofía *in partibus infidelium*, por lo que practicaba una filosofía mundana, clara y seductora, de formas retórico literarias, nunca una filosofía de carácter académico, menos aún, una filosofía escolástica de carácter terminológico, por la que sentía especial aversión.

Va a ser una constante en la vida de Ortega, el tener que compatibilizar su actividad intelectual como publicista, que publica editoriales, ensayos, y series de artículos de interés político en periódicos de gran tirada, con su docencia como catedrático de metafísica, que toma notas e imparte conferencias o lecciones, que quedan inéditas. Cuando la actividad intelectual está polarizada por la intervención política, la actividad filosófica disminuye hasta volverse inercial. Por el contrario, cuando la polarización política disminuye, la actividad filosófica se incrementa, y, cuando aquella desaparece, llega hasta la producción formal.

La primera intervención política del grupo generacional de Ortega es *Liga para la Educación Política Española*, cuyo manifiesto de constitución es de octubre de 1913. Las especiales circunstancias políticas de España (asesinato de Canalejas, la clausura de las Cortes durante los cinco primeros de 1913 meses por Romanones, etc.), a juicio de Ortega y los jóvenes de la *Liga*, ponen de manifiesto el agotamiento institucional del régimen y la incapacidad de los partidos del turno para reformarlo. Pensaban que era el momento de su intervención política. Su idea democrática tal vez podría resumirse con tres palabras: liberalismo socialdemócrata y nacionalización.

La presentación en sociedad de la Liga se hará en la famosa conferencia de Ortega *Vieja y nueva política* el 23 de marzo de 1914 en el Teatro de la Comedia de Madrid. En ella ataca frontalmente el régimen político de la Restauración, al que considera un reino de incompetencia y fantasmagoría. Frente a la España vieja de oligarcas y caciques, representada por las instituciones oficiales de la Restauración, esta naciendo una España vital, la de los industriales y de las muchedumbres de jóvenes, que buscaban una nueva vida en las ciudades, la de la autoafirmación de las periferias. Este era el referente social de la nueva España de Ortega y su grupo de intelectuales, la España moderna y del trabajo, compuesta por industriales y profesionales, desde la casa del pueblo hasta la universidad. Ortega parece ver surgir esa España nueva, no tanto de un movimiento político, como de un movimiento social, en cuya articulación los intelectuales tienen una singular función.

La actividad filosófica es la fuente de la vida intelectual de Ortega. Por eso, otra constante de sus intervenciones intelectuales consiste en acompañar su escrito de interés práctico, con la publicación del libro de interés filosófico, que está detrás de aquellas arrojando luz. “El sistema de las acciones, escribe Ortega, está encajado en el sistema de las ideas y por estas orientado”. En 1914, publica su libro *Meditaciones del Quijote*, en el que venía trabajando desde mediados de 1913. Estas meditaciones son ensayos de

amor intelectual, salvaciones, que pretenden llevar a España por el camino más corto a la plenitud de su ser. Este es, a juicio de Ortega, el estilo cervantino de acercamiento a las cosas.

La reforma cultural de España ha de consistir en revitalizar su componente germánico. La cultura española es una cultura mediterránea, es decir una particular síntesis de la cultura de superficies latina con la cultura de profundidades germánica. La superficie la da la intuición y la impresión. La profundidad la da el concepto, que es filosofía, mecánica, biología. En la cultura española, se ha atrofiado el elemento germánico, el órgano conceptual, y su revitalización pasa por incorporar el desarrollo filosófico científico alemán en nuestra capacidad impresionista de percibir la realidad. Se trata de volver a basar nuestra percepción impresionista en la profundidad del concepto. El concepto es la “claridad dentro de la vida”, la “luz derramada sobre las cosas”. Este es el nuevo clasicismo, que Ortega contrapone a la cultura clásica de nuestro Menéndez Pelayo.

El proyecto de la Liga fue diluyéndose en las peculiares circunstancias políticas de 1914. Tal vez, por la neutralidad del gobierno Dato en la Gran Guerra, y por la aproximación del partido reformista de Melquiades Álvarez y de Zulueta a los liberales de Romanones. La semilla del pesimismo intelectual se planta en Ortega, quien, bien es cierto, hizo siempre del optimismo parte de su estrategia. En el fondo, piensa que la razón del fracaso estriba en que España sigue careciendo de élites.

En 1915, Ortega ya había roto definitivamente con *El Imparcial*, y contribuye a fundar y dirige la revista *España*, verdadera heredera de la *Liga*. A finales de ese mismo año, sin embargo, al perder esta revista su independencia, por la entrada de capital inglés, abandonó su dirección en manos de nuestro Luis Araquistáin. Entonces Ortega va a intentar llegar a la opinión pública desde un órgano propio e íntimo de expresión. Pone en marcha la revista *El Espectador*, que encierra una escritura de intimidades, en la que el yo viviente Ortega practica múltiples ensayos de una peculiar fenomenología de la vida. En el ensayo “*Verdad y perspectiva*”, leemos “La verdad es la perspectiva individual”. Pero *El Espectador* es también una reacción de su pesimismo intelectual frente a ese “imperio de la utilidad y la mentira”, que es la política, un intento de superarla mediante lo literario y lo filosófico. El se considera parte de una generación llamada a superar la mentalidad positiva, dominada por la utilidad. Entre 1916 y 1933, Ortega llegará a publicar hasta ocho volúmenes de la revista *El Espectador*.

1917 va a ser un año decisivo, por muchas razones, para el destino intelectual de Ortega y su grupo. La revolución de agosto en España, y la de octubre en Rusia, van a poner en marcha su atención y su desconfianza ante los movimientos de masas. Por otra parte, nuestro autor va a recuperar el medio para relanzar su influencia intelectual, y la de su grupo generacional, en la opinión pública, gracias a un personaje providencial, Nicolás María Urgoiti, a quien había conocido años antes. Este ingeniero e industrial madrileño, de origen vasco, puso bajo la influencia intelectual de Ortega una serie de periódicos -*El Imparcial* (1917), *El Sol* (entre 1917 y 1931), *Crisol* (entre 1931 y 1933), *Luz* (1933), que le mantuvieron como el exponente máximo de este período histórico de verdadera influencia pública de los intelectuales y de su ensoñación de España. De manera especial, *El Sol* será el diario de la renovación. En sus páginas, durante trece años, Ortega y su grupo intelectual van enjuiciando los acontecimientos políticos desde el punto de vista del liberalismo socialdemócrata, que querían transmitir a los elementos dinámicos preteridos por el régimen canovista.

La fe de Ortega en la misión de los intelectuales, su peculiar “platonismo débil”, sufre un nuevo quebranto en 1918. Su pesimismo intelectual se ahonda, al constatar de nuevo el alcance del mal de España: la ausencia de élites cultas. La expresión más notoria de este pesimismo es la serie de artículos *Particularismo y acción directa*, y *Patología nacional*, que había empezado a publicar *El Sol* en diciembre de 1920, y que Calpe publica en 1922 con el título de *España invertebrada*.

En ese escrito atribuye el mal de España al particularismo, que es un individualismo refractario a la excelencia. La escasez de lo excelente, por no decir su ausencia, se corresponde con una rebelión generalizada de las masas contra la excelencia. Esta enfermedad no es sólo política, sino que descompone todo el cuerpo social: instituciones, clases, profesiones, asociaciones, etc. La indocilidad de las masas y la ausencia de élites cultas se ve aquí como un problema nacional español, que hace inviable el enfoque inicial de la pedagogía social como programa político.

En efecto, el contrapunto teórico de *España invertebrada*, su obra de 1923 *El tema de nuestro tiempo*, plantea un nuevo programa filosófico, que propone superar su fuente filosófica neokantiana. El tema de nuestro tiempo es la superación del idealismo, y, con ello, del imperio de la mentalidad positiva y utilitaria. La vida puede alumbrar su propia razón, y no ha de estar obliterada por las construcciones de la razón pura. Se trata del programa de su generación, que es filosófica, y que Ortega cifra entonces en el desarrollo de una razón vital, que sustituya a la razón pura de los idealistas.

En este mismo año, en julio, Ortega va a poner en marcha una empresa cultural propia al servicio de la elevación cultural de la sociedad española: la Revista de Occidente. Esta revista, y la Editorial Revista de Occidente, que pronto se la sumó, serán el tercer pilar de su influencia intelectual hasta su desaparición, en julio de 1936. Espasa-Calpe compraba y distribuía en hispanoamérica una parte importante de los tres mil ejemplares de su tirada. El peso de la dirección de la revista lo llevaba su discípulo y amigo Fernando García Vela. En los locales de la revista, Ortega preside la tertulia más brillante del período.

Poco después de fundarse la Revista de Occidente, en septiembre, se produjo el pronunciamiento del General Primo de Rivera, al que Alfonso XIII encargó formar nuevo gobierno. El Sol y Ortega mantendrán hasta 1926 una benévola expectativa ante esta dictadura, que de alguna manera esperaban, y que parecía ser del cirujano de hierro contra la vieja política, algo transitorio y curativo. En ocasiones, Ortega parece dejar caer desde *El Sol* ideas para el dictador, pero nunca fue un platónico de estricta observancia.

Durante la Dictadura, Ortega ve cuestionado su magisterio por su racionalismo y por su posición política complaciente con el régimen militar. Así que, por un lado, se ve obligado a explicar que su pensamiento no es ni vitalismo, ni racionalismo. Si bien, no cabe renunciar a esa leve zona de claridad analítica, que es el logos, el discurso racional.

Por otra parte, Ortega es consciente de que tiene enfrente, no sólo la España tradicionalista, de oligarcas y caciques, sino también la España revolucionaria e internacionalista, de la izquierda marxista antiliberal.

Ortega ve cuestionada también su forma literaria de hacer filosofía. Su intensa actividad periodística condicionaba su escritura. Sus libros eran en realidad recopilaciones de series de artículos o de ensayos publicados en periódicos de gran tirada. En carta a Robert Curtius, justificaba este hecho por la idiosincracia filosófica de la cultura española. El quería hacer filosofía española, hacer hablar la filosofía en español y para los españoles.

Su dedicación filosófica en estos años, ciertamente intensa, no consigue dar desarrollo ontológico a su intuición, como se pone de manifiesto en sus conferencias de 1924 “*Antropología filosófica*”, y en el escrito derivado de éstas, “*Vitalidad, alma, espíritu*”. Más bien, su análisis de la vida individual en esos términos de “vitalidad, alma, y espíritu”, es incompatible con la concepción de la razón histórica, que intenta desarrollar sin demasiado éxito, por ejemplo, en la serie de artículos, *Las Atlántidas*.

Con todo, no sólo seguía desempeñando la jefatura de su grupo generacional, sino que estaba atento a la producción de los jóvenes, Gerardo Diego, Moreno Villa, Vicente Huidobro, Ramón Gómez de la Serna, etc., que le mandaban sus trabajos. De aquí surgirá la atención a las vanguardias artísticas en su escrito de 1925, *La deshumanización del arte*, donde ve claramente que el arte nuevo, vanguardista, no es un arte de masas, sino más bien de élites cultas. El rechazo del arte nuevo por parte de los totalitarismos, tanto el bolchevique, como el nacionalsocialista, vendría a confirmar su apreciación.

El Sol y Ortega están abiertamente contra la dictadura de Primo de Rivera desde mayo de 1927, en realidad, desde que propone el establecimiento de la Asamblea Nacional, que era un sustituto del parlamentarismo democrático. Ortega insiste en la necesidad de liberar la vitalidad social y de crear nuevas insituciones políticas. En especial, considera necesaria la descentralización, y desarrolla su concepción de las grandes comarcas. A partir de 1927 la censura de sus artículos por parte del Régimen se incrementa, y Ortega termina por enmudecer. En 1928, el enfrentamiento de Ortega y los intelectuales con el régimen ya estaba servido.

Cuando la dictadura de Primo de Rivera se hunde, Ortega está en su plenitud intelectual, y su influencia social y universitaria han llegado al cénit. El Sol, Revista de Occidente y la cátedra habían puesto de manifiesto la calidad de sus ideas, su capacidad de hacer comprensibles complicados conceptos filosóficos, su liderazgo en la recepción y difusión cultural. Vende más libros que nunca.

Sin embargo, Ortega no cree ya en su programa intelectual inicial, en la “pedagogía social”. Es consciente de que su grupo de intelectuales no ha conseguido crear élites cultas, y de que no inspira a ninguna fuerza política, peor aún, que ningún partido de masas es dócil a su liderazgo intelectual. Además, está revisando la fuente filosófica de sus ideas, cuya proyección práctica rebasa ya el interés inicial por el problema de España. En efecto, la lectura de *Ser y tiempo* de Heidegger, le ilumina e incita a dar un importante desarrollo ontológico a su pensamiento fundamental. Y, por otra parte, toma conciencia de que, la supuesta raíz del mal de España, la indocilidad de las masas y su rechazo de lo excelente, es en realidad el fenómeno más significativo de las sociedades europeas en el primer tercio del siglo XX: el ascenso de las masas.

La serie de artículos *La rebelión de las masas* fue publicado como libro en 1930, convirtiéndose enseguida en un superventas, no sólo en España, sino también en Alemania, Gran Bretaña y Estados Unidos. El libro es una lección de civismo para los

Europeos, a los que advierte de la amenaza que representan los movimientos totalitarios en la época de las masas, a la vez que les propone la idea de una Europa unida, y de su construcción política. El libro es además una lección de liberalismo, para la beatitud democrática de todo signo, ante la que pone de manifiesto, que una democracia es morbosa, si carece de liberalismo, es decir, si no se respetan los derechos civiles, socio-económicos y culturales de los individuos, si la suma de votos pretende decidir, no sólo quien ha de gobernar, sino también sobre lo justo y verdadero. El libro es, en fin, una lección de humanismo, pues representa una radicalización antropológica de las masas, en la que se caracteriza el tipo de hombre-masa, se advierte del peligro potencial que representa su carácter desalmado, a la vez que se invita a la excelencia de la vida auténtica.

En esta obra, advierte contra el triunfo del hombre masa en el bolchevismo, en el anarco-sindicalismo, en el nacionalsocialismo, y otros movimientos de masas. Todavía cree en el papel del intelectual ante esos movimientos, cuya derrota está deseando anunciar.

Ortega sintió la necesidad de centrarse en el desarrollo sistemático de su filosofía, desde que Heidegger publicó *Ser y tiempo*, en 1927, cuyo significado y alcance pocos entendieron mejor que él. La obra significaba un desarrollo ontológico decisivo del programa de su generación, y, por consiguiente, la confirmación del destino filosófico de la misma, así como de lo acertado de su propio programa y de sus intuiciones.

Pero al mismo tiempo, el éxito de *Ser y tiempo* podía poner en cuestión, no sólo la originalidad de sus ideas filosóficas, sino su misma condición de filósofo. De hecho Gaos, Zubiri, Morente, y otros discípulos suyos, se orientaron enseguida hacia *Ser y tiempo*, obra en la que vieron la filosofía *in actu exercitu*. En realidad, Ortega y Heidegger eran vidas filosóficas paralelas: catolicismo y jesuitas, neokantismo y filosofía de la existencia, historicismo y vitalismo, y, finalmente, la fenomenología. Pero, en la España de los intelectuales, el filósofo madrileño tenía más frentes abiertos, que el reconcentrado profesor alemán, dedicado por completo al desarrollo académico de su filosofía.

Ortega sabía que el Dasein, el ser para la muerte, no era la vida, y que la comprensión del Dasein no era la razón vital. Necesitaba desarrollar su propia ontología de la vida, y su propia concepción de la razón vital, sirviéndose de la luz arrojada por la analítica existencial de Heidegger. Por primera vez en su vida, le confiesa a Curtius,

estaba en un momento de “producción formal”. De este empeño surgieron los cursos, que desarrolló entre su vuelta del segundo viaje a Argentina (enero 1929) y el advenimiento de la II República (abril de 1931): “¿Qué es filosofía?” (febrero-mayo de 1929); “Vida como ejecución” (diciembre de 1929-enero de 1930); “Sobre la realidad radical” (abril 1930); “¿Qué es la vida?” (1930-1931).

En estas lecciones y cursos universitarios, Ortega parte de un ejercicio metafilosófico, que convierte la realidad prefilosófica, la vida, en la realidad radical, superando el error del idealismo. En este giro metafilosófico de la filosofía en torno a sí misma, se supera el escepticismo, y se convierte en principio lo inmediato, lo presupuesto: la vida individual e histórica es la realidad radical. Ortega llega a someter la vida a un análisis descriptivo, y a perfilar su caracterización esencial, como evidencial, mundana e histórica. Sin embargo, su estilo metafórico y alusivo no logra la arquitectura, el orden, y la precisión conceptual, que son propios de una ontología. Su vitalismo adolecía además de un modo específico de pensar, y de un desarrollo del perspectivismo, que le permitiera superar el relativismo.

En 1929, con todo, el curso de Ortega *¿Qué es filosofía?*, logró poner de moda la filosofía en Madrid, para satisfacción de Zulueta, García Morente, y otros muchos, pero también para el resentimiento de no pocos clérigos y de algunos marxistas, como nuestro Luis Araquistáin. Ortega se mostraba entusiasmado con su nueva filosofía. La cultura parecía hechar raíces en España, y Ortega hablaba de la renaciente España. Pero los acontecimientos políticos se van a precipitar, y van a polarizar su actividad hasta 1932.

Ortega tenía una conciencia máxima de la responsabilidad intelectual. Conocía el impacto que un artículo suyo en *El Sol*, favorable al advenimiento de la república, podía tener en la opinión pública. Medita detenida y largamente este paso, lo consulta con intelectuales amigos, y se decide a darlo, no sólo un año después de haberse pronunciado los socialistas, y los partidos de Alianza republicana, sino después del Pacto de San Sebastián, cuando estaban a favor de la república líderes políticos como Miguel Maura, José Sánchez Guerra (Jefe del partido conservador), Alcalá Zamora (ministro liberal en la dictadura), Angel Ossorio y Gallardo (maurista), y cuando Indalecio Prieto había manifestado en el Ateneo de Madrid, que los socialistas estaban dispuestos a apoyar una república burguesa.

Los jóvenes creen, que la España de los intelectuales está en trance de darse a luz, entre ellos María Zambrano, la discípula de un Ortega, que sabía escuchar con

atención sus propuestas. Precisamente por incitación de los jóvenes, Ortega dicta la conferencia “*La reforma de la universidad*”, que se convertirá en una serie de artículos en *El Sol*, recopilados en el libro *Misión de la Universidad*. El 9 de noviembre del año 30 se publica en *El Sol* el séptimo y último artículo de esta serie, que terminaba con una fórmula latina, sin aparente conexión con el desarrollo, y que desató la polémica: “*Caeterum censeo delendam esse Monarchiam*”.

Los primeros ataques contra nuestro autor partieron de *El Sol*. Pero él había decidido ya la ruptura definitiva con el régimen, que se produce de manera efectiva seis días después, en el artículo de *El Sol*, *El error de Berenguer*. Después del fracaso de una dictadura de siete años, no se puede pretender seguir adelante como si aquí no hubiera pasado nada: ¡*Delenda est Monarchia!*”. Hay que acabar con la monarquía.

El artículo tuvo una gran repercusión, y le costó a Ortega su posición en el periódico. Los monárquicos aplicaron toda su fuerza sobre la Papelera Española, para tomar el control de *El Sol*, y de su vespertino *La Voz*, sin que Urgoiti pudiera evitarlo.

Tras el fracaso del intento revolucionario de diciembre de 1930, Ortega visita en la cárcel a Alcalá Zamora y Miguel Maura, y decide una nueva intervención política de su grupo de intelectuales. A comienzos de 1931, Ortega, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala crean la *Agrupación al Servicio de la República*, y, en febrero, se publicaba en *El Sol* su manifiesto fundacional. Lo cierto es que esta *Agrupación* repetía un esquema periclitado y condenado al fracaso: intelectuales impulsando un movimiento social de intelectuales, profesionales liberales y jóvenes, para realizar su ensoñación de España. Y, lo que es peor, nació superada por los acontecimientos, pues pretendía conseguir, lo que ya era un hecho: un clima social favorable al advenimiento pacífico de la República.

La ensoñación intelectual de España se despertó de pronto, sin esperarlo, ni saber muy bien cómo, en la España republicana. El 12 de abril, día de las elecciones municipales, España se acostó monárquica, y se levantó republicana. Con todo, la *Agrupación* no se disolvió, y se orientó a promover un clima social favorable a la constitución del Estado republicano. La *Agrupación* presentó candidatos en las listas radical-socialistas a las elecciones a Cortes Constituyentes de 28 junio, entre ellos Ortega, que salió elegido diputado por León. Formaban parte de las fuerzas renovadoras de la España vital, frente al bloque tradicionalista anti-republicano, y frente al bloque revolucionario.

Desde su primer discurso, Ortega buscó iluminar el camino de la construcción nacional y aunar voluntades en los grandes proyectos de reforma, que necesitaba España. Presidió la Comisión de Estado desde agosto de 1931 hasta noviembre de 1932. Su mayor éxito parlamentario, y de mayor alcance, fue reconducir a la España republicana, que estaba proyectando con Azaña el Estado federal, hacia el Estado autonómico. El propio Ortega había modificado su criterio en este punto, pues, en el año 1918, había defendido el federalismo de Gambó frente al concepto autonomista de Antonio Maura. Ahora tenía claro que la forma federal es propia de Estados con un dinamismo histórico de carácter centrípeto, como EE.UU, o Alemania, en los que se desarrollaba un Estado central por la tendencia integradora de Estados independientes. El Estado español llevaba siglos en una dinámica centrifuga de disgregación, y su forma de articular la diferencia, para evitar la secesión, había de ser la autonomía regional. La idea de Ortega iluminó la discusión del Estatuto catalán en 1932, y la del Estado descentralizado en nuestra Constitución vigente.

Pero el choque con un parlamentarismo real de confrontación particularista, refractario a las ideas y a los grandes proyectos políticos, la falta de finura, la arbitrariedad, la mala fe de los gobernantes de la República, el radicalismo y los brotes revolucionarios, motivaron pronto, ya en diciembre del 31, su discurso de *Rectificación de la República*. Su principal propuesta era volver al gesto alegre y solidario de la república, y la formación de un gran partido de centro democrático con una orientación nacional.

EL 20 de agosto de 1933, Ortega deja *Luz*. Sabe que Urgoiti va a vender el periódico al empresario Miquel, que lo pondrá junto con *El Sol* y *la Voz* al servicio de Azaña. Después de 25 años influyendo desde la prensa en la opinión pública española, se quedaba sin un medio de expresión, sin una parte importante de su *modus vivendi*. Su testamento político, a juicio de Gonzalo Redondo, fueron sus dos últimos artículos en *El Sol*, publicados con motivo del triunfo electoral de las derechas. Ortega pide un compromiso claro con la República, previene contra el radicalismo y la confrontación partidista, e insiste en la necesidad de una política de orientación nacional, que afronte la construcción del destino de España.

Después, Ortega enmudece, y no vuelve a intervenir ni como publicista, ni como político. La ensoñación intelectual de España, que era una España posible, fracasa por el radicalismo y la violencia de una España tradicional, con un ejército africano desnaturalizado, aferrada a unas creencias estériles, que garantizaban sus privilegios

históricos, y de una España internacionalista y revolucionaria, empeñada en hacer real la utopía obrera contra todos de una vez por todas, con sus milicias armadas.

La inteligencia no fue la responsable del desastre, sino el fracaso de la misma ante unas fuerzas políticas cegadas por la oligarquía y por las masas, e incapaces de controlar el radicalismo y el ejercicio irracional de la violencia. La inteligencia fracasada dejó un escenario republicano de confrontación entre dos bloques políticos ciegos, y pasó a formar parte de lo que Cacho Viu ha llamado “la tercera España”. Es el fin de la ensoñación intelectual de España. Tal vez era demasiado pronto para que la inteligencia comprendiera los mecanismos de las democracias de masas, y su correspondiente cultura.

El sabor amargo de la derrota política, le lleva a Ortega a dedicación filosófica más intensa y gozosa. Entramos en un período fecundo del Ortega filósofo, lleno de cursos, escritos y proyectos. Ya en el verano de 1932 concluye el prólogo a la edición de sus obras completas, que Espasa Calpe publica ese mismo año. En el primer curso de la UIMP, de 1933, impartirá su importante curso *Meditación de la técnica*. Sobre todo, entre 1932 y 1936 logrará dar un importante desarrollo a su concepción de la historicidad en escritos como *Guillermo Dilthey y la idea de la vida* (1933), *En torno a Galileo* (1933), *Principios de Metafísica de la razón vital* (1933), *Ideas y creencias* (1934), *Historia como sistema* (1935).

En 1935, con motivo del 25 aniversario de su cátedra en la Universidad Central de Madrid, recibió el merecido homenaje de sus discípulos y amigos. Ortega había recreado y hecho hablar en español lo mejor de la vida filosófica continental contemporánea. De esta manera, había convertido un erial, la cátedra de Salmerón, en una de las facultades de filosofía más brillantes del mundo, en los cauces de la fenomenología. En aquellos años, coincidieron en la facultad, además de Ortega, García Morente, Xavier Zubiri, José Gaos, Lorenzo Luzuriaga, María Zambrano, Luis Recasens Siches en Derecho, donde se licenció José Antonio Maravall, y Luis Díez del Corral. En el curso 35-36, se licenciaron Manuel Granell, Julián Marías, Eulogio Palacios, y Antonio Rodríguez Huescar. El prestigio de Ortega es internacional, recibe numerosas invitaciones del extranjero, que suele rechazar.

El inicio de la Guerra Civil sorprende a Ortega en Madrid. En aquel clima de violencia desatada, temiendo por su vida, se exila en Francia, donde vive los años de la Guerra Civil. Privado de su cátedra por la República, perdida la Revista de Occidente, y sin el pago de los derechos de autor de Espasa Calpe, la economía familiar se convierte

en algo perentorio. A finales de febrero de 1939, tras ser operado de gravedad, Ortega se traslada con su mujer a Portugal, donde, pocos días después, recibe la esperada noticia del fin de la Guerra Civil. El avance imparable de Alemania, que parece presagiar el inminente conflicto europeo, y la proximidad a España, le llevan a fijar su residencia en el Portugal de Salazar.

Este mismo año, con todo, acepta las invitaciones, que había recibido de La Sociedad de Amigos del Arte, y de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y emprende su tercer viaje a Argentina, donde seguía siendo una celebridad. Ortega siempre adelantó sus ideas en Argentina, a la que “conoció, vivió y sintió como si fuera algo propio”. Tenía ciertas esperanzas de poder participar en el proyecto, que Espasa Calpe quería desarrollar en iberoamérica. Llegó a pensar, que, en Argentina, podría reconstruir una posición intelectual semejante, a la que había tenido en España, y que le permitiera seguir desarrollando desde allí su obra. Poco a poco se irá dando cuenta de lo acertadas que eran sus impresiones pesimistas sobre el nuevo ambiente argentino, y cuanto de verdad había en la advertencia de su discípula María de Maeztu: una cosa es ir a dar conferencias, y otra querer quedarse.

Los últimos meses de su estancia en Argentina son los peores de su vida. El pesimismo intelectual de apodera de Ortega, que experimenta a fondo lo que a finales de los años 90 Sloterdijk llamó *die Verachtung der Massen*. En su artículo de diciembre de 1940, *El intelectual y el otro*, escribe, “que el intelectual no existe ya socialmente, que es un paria y un malhechor”. El atroz error del intelectual fue crear una cultura de ideas. La cultura son ideas de cosas, sentimientos, normas, empresas, dioses. Pero en el último siglo los intelectuales han hecho ideas de ideas. Ahora imperan los dogmas de las masas. La masa, que es el otro del intelectual, convierte las ideas en dogmas.

En 1942, regresa a Portugal, donde recupera su tono vital y su capacidad de trabajo. Mientras el mundo está en guerra, permanece a la expectativa. Piensa que la suerte del Régimen franquista dependerá del desenlace de ese conflicto. Deseaba volver a desarrollar su actividad intelectual en España, donde estaban sus hijos, y de donde le venían invitaciones de sus discípulos. Pero no se le escapa que Portugal puede convertirse en su residencia definitiva: aquí dispone de la tranquilidad necesaria para escribir su obra, y puede ir desarrollando los proyectos, con los que recuperar paso a paso su posición intelectual.

Acabada la Segunda Guerra Mundial, Ortega intenta proyectar de alguna manera su trabajo intelectual en España. El primer paso lo da en la primavera de 1946, disertando sobre *Idea del teatro* en el Ateneo. El teatro era la excusa para exponer su filosofía raciovitalista y meditar sobre su visión lúdica de la vida. En 1948 se embarcó con su discípulo Julian Marías en el proyecto del Instituto de Humanidades. Resistió dos cursos, que fueron un éxito de público. Pero la propaganda nacional católica era hostil y el ambiente de pesadilla. Ortega era atacado constantemente, no podía llegar a la opinión pública, y no lograba atraer a los jóvenes.

Cacho Viu ha afirmado que el filósofo seguía recuperando influencia en las minorías cultas. Lo cierto es que éstas estaban divididas, y que el orteguismo era un campo de batalla entre sus discípulos y los clérigos, jesuitas principalmente. Aranguren, Laín, y otros intelectuales próximos a falange, se orientan a la filosofía cristiana de Zubiri en los años cincuenta.

Es un error pensar que la Guerra Civil puso fin a la obra de Ortega. En este período, desarrolla su filosofía, sobre todo por el lado de su metafilosofía y su concepto de la razón vital, en escritos como *Apuntes sobre el pensamiento. Su teurgia y demiurgia; Origen y epílogo de la filosofía*; sus *Artículos sobre los Coloquios de Darmstadt; La idea de principio en Leibniz*. Por otro lado, desarrolla su filosofía de la sociedad en trabajos como, *Concerning pacifism, Europa Meditatio quaedam*, y, sobre todo, *El hombre y la gente*. En esta última obra, se hace plenamente consciente del giro pragmático dado por su filosofía.

El artículo de 1940, “*Apuntes sobre el pensamiento. Su teurgia y demiurgia*”, defiende el ser histórico del pensamiento y sus productos. También el conocimiento es una magnitud histórica. Ortega previene aquí contra tres formas de ocultar la realidad histórica del pensamiento, consistentes bien, en confundirle con los procesos mentales que soportan el pensar en el hombre (psicologismo), bien, en reducirlo a lógica, es decir a una serie de formalismos que lo convierten en un proceso deductivo, o bien, y esta es la peor ocultación, en identificar el pensamiento con el conocimiento. Pensar no se reduce a conocer.

El idealismo pasó por alto, que la filosofía saca sus principios de su propia experiencia, de aquello que nos obliga a filosofar, y que no es otra cosa, sino la necesidad de orientación esencial al vivir humano.

En este artículo, ya se expresa el tema, que desarrollará unos años más tarde en su obra *La idea de principio en Leibniz...* : el modo de pensar lógico deductivo, que ha

caracterizado durante dos mil años a la filosofía, es un modo de pensar histórico, ha llegado el momento de revisarlo a fondo.

En efecto, *La idea de principio en Leibniz....*, revisa el modo de pensar específico de la filosofía, intentando aclarar el nuevo radicalismo, que traen consigo filosofías como la suya o la de Heidegger. La fuente de inspiración es la crisis de los principios en la lógica y en la matemática: los principios de los sistemas lógicos o matemáticos no son verdades evidentes, sino postulados, asunciones, que se hacen en cuanto que de ellos se deducen unas determinadas consecuencias. La vida no es el principio de su filosofía por ser lo primero en cuanto al ser, ni por ser evidente, sino porque en ella está como enraizado todo lo demás: “en el acontecimiento vida le es dado a cada cual, como presencia, anuncio o síntoma, toda otra realidad, incluso la que pretenda trascenderla. Es, pues, la raíz de toda otra realidad, y sólo por esto es radical.”

Por otra parte, Ortega se hace plenamente consciente de que el modo de pensar filosófico es metafórico, más que terminológico, y dialéctico argumentativo más que lógico deductivo. Sitúa el modo de pensar filosófico en la tradición dialéctica de los tópicos, que han desarrollado la lógica informal y la lógica del diálogo en la segunda mitad del siglo XX.

Ortega constata que la circunstancia española es completamente adversa, cuando la circunstancia europea favorece claramente su proyección intelectual. Dos proyectos internacionales van a atraer su atención: la fundación de un Instituto internacional de Humanidades, y la reconstrucción de la cultura democrática en la Alemania occidental. En el epílogo a la edición inglesa de la *Rebelión de las masas* (1938), había elogiado las formas civiles inglesas, y había ofrecido su colaboración intelectual para la reconstitución de Europa.

Las celebraciones del bicentenario de Goethe en EEUU y Alemania atrajeron intelectualmente a Ortega. En el verano de 1949 en Aspen Colorado, junto a Albert Schweitzer, diserta con notable éxito “Sobre un Goethe bicentenario” y “Goethe sin Weimar”. Ortega ve la posibilidad de fundar un Instituto internacional de Humanidades, en el que se involucraría la Fundación Rockefeller y el millonario Walter P. Paepcke, promotor del Instituto Tecnológico de Illinois, entre otros proyectos educativos y culturales. Ortega percibe el problema que representa el desequilibrio entre el avance de los conocimientos de la materia y el atraso de las ciencias del hombre. Socráticamente, atribuye los desastres mundiales, a la falta de ideas claras, en las ciencias sociales, sobre

“lo que es la política, el Estado, el derecho, la colectividad y su relación con el individuo, la nación, la revolución, la guerra, la justicia, etc.”

El proyecto del Instituto internacional de Humanidades no saldrá adelante, y su libro *El hombre y la gente*, que tenía previsto lanzar simultáneamente con aquel en varios idiomas, quedará inédito.

*El hombre y la gente* es una fenomenología de la sociedad, en la que intenta clarificar la idea de lo social, y, más allá, la de fenómenos sociales que son objeto de distintas ciencias sociales, como el derecho y el Estado, la nación, el lenguaje, etc. Lo social es genéricamente uso, es decir un comportamiento humano mecanizado, impersonal, impuesto por el poder social, e irracional, es decir, sin sentido aparente. El sentido, la racionalidad de los usos sociales, es el objeto de una razón histórica, que reconstruye la génesis del uso. Esta razón histórica es una hermenéutica etimológica, que descubre el origen y la génesis de los usos determinantes de la vida social, arrojando así luz a las ciencias sociales.

Me interesa resaltar, que, en esta obra, Ortega hace un acercamiento sociológico a lo que es la masa, y, desde esta perspectiva, entiende que la masa es la gente. La gente es un sistema de usos sociales, que regula el comportamiento social de los individuos. La gente somos todos, y no es nadie en particular, nada personal. Mantiene su fe en el intelectual, “Ich bekenne mich zu dem Geschlecht, dice con Goethe, das aus dem Dunkel ins Helle strebt” como aquel que aclara las ideas, en especial, aquellas de que depende la convivencia social. El hombre es el animal que necesita de la luz de las ideas para vivir. Y esa luz la encuentra dentro sí, ensimismándose. El hombre es el animal fantástico, que dentro de sí proyecta la idea de lo que quiere ser.

Se contaba con Ortega para la reconstrucción de Europa, de manera especial, de Alemania. Se le había concedido la Medalla Goethe de la ciudad de Frankfurt. En Berlín, dicta la famosa conferencia *De Europa meditatio quaedam*, en la que anima a los alemanes a reconstruir su nación en el espacio social europeo. Se habla de él para el premio nobel en 1950, que recibirá Russell. Entre 1951 y 1954 Ortega está presente en la vida alemana, participando en distintos foros intelectuales, como en los Coloquios de Darmstadt, y dando cursos y conferencias en distintas ciudades. En mayo de 1954 recibe el doctorado honoris causa por la Universidad de Marburgo. En Alemania, el reconocimiento de la figura y de la obra de Ortega es completo, cuando son puestos al margen y perseguidos en la España nacional católica de Franco.

En el verano de 1955, viaja con el matrimonio García Gómez por el norte de España. En septiembre, su hijo Miguel y el doctor Hernando le diagnostican un cancer. Ortega muere el 18 de octubre en la calle Monte Esquinza número 28 de Madrid. Al conocerse su muerte, la gente acudió en masa. Junto a la familia, los amigos y discípulos, también las autoridades políticas y académicas, que encarnaron el peculiar maquiavelismo del régimen.

El ministro de información da el pésame a la familia de Ortega, cuando su ministerio había dado orden de manipular la noticia de su muerte. La prensa nacional siguió precisas directrices, emanadas del Ministerio de Información, en cuanto a extensión, tono y contenido de la noticia de la muerte de Ortega.

La Universidad Central celebró un acto académico en su honor, cuando, con plena conciencia, había dejado fuera de sus aulas a la herencia intelectual de Ortega, y tenía abandonada su obra. Las cátedras de metafísica y de historia de la filosofía estaban tomadas por neoescolásticos. Piensese que la cátedra de Ortega la ocupó el neoescolástico, Angel González Álvarez, cuya metafísica general tenía que valer igual para la física de San Alberto Magno, que para la de Einstein y De Broglie. Admirable, no les parece. A finales de la década de los ochenta, le sustituyó Navarro Cordón, quien tuvo que volver a orientarse por los caminos de la hermenéutica, sirviéndose de Heidegger y de Ricoeur.

Puede ser, que la muerte de Ortega contribuyera al despertar de la conciencia democrática entre los jóvenes. Lo cierto es, como ha escrito Elías Díaz, que en el año 1955, la generación de filósofos jóvenes se orientaba ya hacia formas filosóficas más científicas. Cuando la propuesta de Ortega era, como hemos visto, buscar la filosofía en la cercanía de la filología.

Para comprender la mala suerte de la obra de Ortega en la generación joven, hay que tener presente la fractura de la generación del 36 ante la misma. Por un lado, sus discípulos Marías, Rodríguez Huescar o Garagorri pugnando con los neotomistas, por otro, la mencionada orientación de los intelectuales afines a falange hacia la filosofía cristiana de Zubiri, y, en fin, los profesores de orientación rupturista, como el marxista Tierno Galván, o el trasformista Aranguren, que no comprendieron las potencialidades de su obra. Además, Ortega había perdido la generación de profesores aperturistas de postguerra (Carlos París, Emilio Lledó, Manuel Sacristán, Gustavo Bueno, García Calvo, etc), que adoptaron otros guías intelectuales, y lanzaron a la generación joven, nuestra versión de la generación del 68 (Muguerza, Quintanilla, Mosterín, Trías,

Savater, etc.), por los caminos de la analítica, el postestructuralismo, la Escuela de Frankfurt o el irracionalismo neonietzscheano. Cuando en 1983, con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de Ortega, se convirtió su obra en patrimonio de todos, el proceso de reinstitucionalización de la filosofía española ya estaba hecho en los cauces de esas corrientes. La filosofía se dividió en áreas de conocimiento, y la obra y la herencia intelectual de Ortega quedaron fuera de la universidad. Un vergonzoso triunfo póstumo del nacional catolicismo y su neoescolástica.

Ortega fue el gran director de un momento de hiperestesia intelectual de nuestra sociedad, en el que los intelectuales dieron en la ensoñación de una idea moderna de España. Una sociedad libre, culta, que dignifica el trabajo, comprometida en todas sus diferencias con ese destino común, que es la nación española, abierta a Europa, y a la humanidad. Ortega fue el intelectual de la ensoñación de España en un momento trágico de derrota de la inteligencia, pero también uno de los intelectuales comprometidos con la reconstrucción cultural de Europa, en especial de Alemania, tras el desastre bélico.

Ortega comprendió, que la filosofía es la fuente de toda actividad intelectual integradora. Por eso se empeñó, con un éxito sin precedentes, en reconciliar la vida intelectual española con la cultura filosófico-científica continental europea, y por ponerla a la altura de su tiempo. Su filosofía es una recreación de la mejor filosofía continental de la primera mitad del siglo XX, y una fuente de luz esencial en la construcción de la humanidad europea. A nosotros nos corresponde proyectar la actualidad de esta joya de nuestro patrimonio filosófico del siglo XX, desarrollándola en todas sus posibilidades.